Encuentros breves: Hojas para el grupo

Estudios bíblicos reformados

Ángeles: mensajeros de Dios

Estudios bíblicos reformados

Ángeles: mensajeros de Dios

ESCRITORA
Susan R. Garret

TRADUCTOR
Edwin A. González Castillo

EDITORA
Marissa Galván Valle

Acerca de la escritora
SUSAN R. GARRET es profesora de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico de Louisville; previamente ha enseñado en la Universidad de Emory y Yale. Es la autora de «No Ordinary Angel: Celestial Spirits and Christian Claims about Jesus», el cual señala varios aspectos de creencias antiguas y modernas sobre los ángeles.

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios bíblicos reformados* tiene dos archivos: Una «Hoja para el grupo» que se entrega a las personas que participan del estudio y que sirve como encuentro introductorio y de aplicación y una «Guía para líderes» que da herramientas a la persona que dirige el encuentro para interpretar y procesar la información de la hoja para el grupo y para hacer que el encuentro se transforme en acciones y vida en el caminar cristiano.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky.

A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada,* © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico. Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2023 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

CULTIVEMOS FE

HOJA PARA EL GRUPO 1

Ángeles: mensajeros de Dios

LECTURAS BÍBLICAS
Lucas 2,8-13; Salmo 103,19-21; Deuteronomio 33,2-3; 1 Reyes 22,19; Números 22,22-40; Jueces 13,3-21; Éxodo 3,1-4; 17; Éxodo 33,20; Ezequiel 1,26-28; Hebreos 1,4; Hechos 17,34

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
No se olviden de la hospitalidad, porque por esta algunos hospedaron ángeles sin saberlo.

— Hebreos 13, 2

RECUERDE QUE...
la Biblia nos brinda varias enseñanzas sobre los ángeles. Debemos ver estas perspectivas y compararlas con las maneras en que los ángeles son presentados en la actualidad.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

¿Cuál es la labor de los ángeles? La palabra griega *angelos*, de donde se deriva «ángel», significa mensajero. En la Biblia, los ángeles son presentados como mensajeros de Dios, pero otros relatos bíblicos nos demuestran que los ángeles obran también en otras capacidades: son guerreros, brindan socorro, ofrecen alabanzas y son agentes de castigo. En la actualidad, los ángeles son presentados a través de los medios de comunicación como seres que brindan apoyo y consuelo, restablecen la salud mental, aconsejan a parejas y escoltan el alma hacia la otra vida.

Sin embargo, antes de proceder a observar más de cerca tales creencias y sus orígenes, debemos reconocer que hay posiciones diversas sobre la existencia de estos seres divinos. Hay personas que creen fielmente en que los ángeles son seres activos en la vida de los seres humanos. De hecho, hay personas que piensan que hay ángeles especializados en conseguir salud, dinero, o éxito. Es posible que otras los vean como figuras mitológicas, inventadas por los relatos bíblicos, pero que en realidad no existen, ni tienen nada que aportar a la vida humana. Tal desacuerdo no es nuevo. Podemos ver su rastro desde la época de la Reforma, y cómo el mismo ha ido creciendo a través de los tiempos. Sin embargo, este es un tema que amerita atención, y aún la de aquellas personas que no creen en la existencia de los ángeles, porque tanto en la Biblia, como en la cultura popular, el hablar de ángeles nunca es meramente hablar acerca de ellos. Más bien, este tema abarca otras preguntas, entre ellas:

- ¿Cuál es el rol de Dios en el mundo?
- ¿Cómo las personas mortales entramos en la presencia de Dios?
- ¿Nos protege Dios en momentos de peligro físico o moral?
- ¿Cómo nos guía Dios a que hagamos bien las cosas?
- ¿Qué sucede cuando nos alejamos de los caminos de Dios, sucumbiendo a las tentaciones?
- ¿Cómo está Dios presente en el proceso de nuestra muerte?

El prestar atención a lo que los autores bíblicos han escrito sobre los ángeles nos ayudará a abordar estas y otras preguntas de la vida. El dar atención a lo que las personas dicen hoy en día sobre los ángeles nos ayuda a examinar, de una manera crítica, algunas suposiciones generalizadas sobre Dios y el mundo, y a la vez nos permite tener un mejor entendimiento de nuestro propio contexto cultural.

Estos encuentros ofrecen un amplio estudio sobre la historia de los ángeles, comenzando desde la era bíblica hasta el presente. Tal estudio nos ayudará a ver cómo nuestra sociedad ha ido tejiendo esta alocada telaraña de ideas

sobre los ángeles. En el segundo encuentro, consideraremos la relación entre las afirmaciones de la comunidad cristiana sobre los ángeles y nuestro entendimiento de la persona y la labor de Cristo.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Creencias antiguas

Cuando el ángel del Señor se les apareció a los pastores en las afueras de Belén, y declaró las buenas nuevas del nacimiento de Jesús, repentinamente «apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios» (Lucas 2,8-13). Lucas, como otros autores del Antiguo Testamento que le precedieron, asume que quienes leen entenderían quiénes eran estos ángeles y que la presencia de estos revelaba la participación directa de Dios. Los escritores bíblicos podían hacer tales suposiciones, ya que la creencia en los ángeles prevalecía en las culturas del antiguo cercano oriente que rodeaban al pueblo de Israel, con quienes Israel tenía mucho en común. La idea bíblica de huestes celestiales (una multitud de ángeles) era paralela a las creencias de estas culturas en relación con la existencia de una asamblea de seres divinos que ayudaron al gran Dios en la formación del cosmos, y que continuaban ayudándole a mantenerlo en curso. En otras culturas, tales creencias eran parte de una cosmovisión politeísta en la que los dioses existían dentro de unas jerarquías, y en donde algunos funcionaban en un grado mayor o menor sobre varios dominios; algunos como guerreros y otros como mensajeros.

Los autores bíblicos afirmaban la singularidad del Dios creador, *YHWH* (llamado «el Señor» en varias traducciones modernas). Aun así, los autores sí incorporaron algunos elementos de la cosmovisión de su entorno, de acuerdo con su manera de pensar. Algunos autores del Antiguo Testamento asumían, por ejemplo, que existía una corte celestial comparable con la corte de un rey en la tierra, y soldados celestiales y mensajeros (ángeles) paralelos a los de la tierra:

> El SEÑOR estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todo. Bendigan al SEÑOR, ustedes sus poderosos ángeles que ejecutan su palabra obedeciendo la voz de ella. Bendigan al SEÑOR, ustedes todos sus ejércitos; servidores suyos que hacen su voluntad.(Salmo 103,19-21)

Así como en los reinos humanos existen emisarios que cumplen unas órdenes, también existen «ángeles poderosos» que llevan a cabo las órdenes de Dios. Así como un ejército terrenal lucha en defensa de Israel, de igual forma las huestes celestiales, los «ministros que cumplen la voluntad de Dios», luchan desde el cielo en defensa del pueblo de Dios (véase por ejemplo Deuteronomio 33,2-3). Las paredes que separan las esferas celestiales y terrenales pueden, en ocasiones, ser cruzadas por los ángeles o las huestes celestiales que se manifiestan a la humanidad. También los profetas podían ser convocados a estar junto a los ángeles, frente al trono de Dios. Tal es el caso del profeta Micaías, quien reportó haber visto: «al SEÑOR sentado en su trono; y todo el ejército de los cielos estaba de pie junto a él, a su derecha y a su izquierda» (1 Reyes 22,19).

Algunos pasajes del Antiguo Testamento describen a un ángel identificado como «el ángel del Señor». Este ser transmite la palabra de Dios a seres humanos elegidos como instrumentos que llevarán a cabo la voluntad de Dios. Así, cuando Balaam, el visionario contratado, va de camino a maldecir a Israel –contrario a la voluntad de Dios de que fuese bendecido– «el ángel del Señor» es enviado a abrir los ojos de Balaam y a encaminarlo por la vía correcta (Números 22,22-40). O, cuando Dios prevé la necesidad de un fuerte guerrero para librar al pueblo israelita de manos del pueblo filisteo, «el ángel del Señor» le indica a la esposa de Manoa que ella concebiría a un hijo que sería consagrado desde su nacimiento para esta tarea dada por Dios. (Jueces 13,3-21).

En varios relatos como estos, Dios y «el ángel del Señor» parecen ser la misma persona, ya que notamos que el narrador les intercambia una y otra vez, aparentemente de manera aleatoria. Por ejemplo, el narrador de la historia de Balaam indica que fue el Señor, en vez del «ángel del Señor», quien abrió la boca del asno y los ojos de Balaam (Números 22,28 y 31); más adelante, al hablar con Balaam, el ángel utiliza el pronombre «yo» como si fuera Dios (v. 35; compare con v. 8). Otro ejemplo se encuentra en la historia de la zarza ardiente, en donde al principio se indica que es el ángel quien le habla a Moisés, pero luego es Dios mismo (Éxodo 3,1-4; 17). Tales variaciones enlazan dos puntos, ambos ciertos aun cuando aparentan estar en tensión. Primero, Dios es tan santo, que ningún humano puede ver el rostro de Dios y sobrevivir (Éxodo 33,20). Segundo, Dios está presente en tales encuentros. Tal como señala James Kugel, el ángel en estas historias cambiantes no es un ser divino de orden inferior; es Dios mismo, pero Dios no reconocido, Dios adentrado en la realidad ordinaria[1].

¿Qué piensa sobre la afirmación de que Dios y los ángeles son una misma presencia, pero entendido en la realidad ordinaria del ser humano?

Los ángeles se multiplican

En los siglos previos al tiempo de Jesús, el interés en los ángeles aumentó. Tanto los escritos no-canónicos como los canónicos de esa época indican que algunas personas judías habían comenzado a pensar en los ángeles como individuos con nombres. El Antiguo Testamento sólo incluyó dos referencias a ángeles con nombres, Miguel y Gabriel. Estos ejemplos aparecen en Daniel, el libro más reciente del Antiguo Testamento. El libro de 1ra de Enoc (una obra compuesta, escrita a través de varios siglos, comenzando en el siglo VI a. e. c.) menciona decenas de nombres, de ángeles corrompidos quienes trataron de trastornar el funcionamiento del cosmos en la era primitiva, y de ángeles buenos que ayudaron a Dios en castigarlos. Otros escritos presentan a los ángeles haciendo intervenciones rutinarias y prolongadas en la vida humana. Por ejemplo, el libro de Tobit[2], presenta al ángel Rafael apareciendo de incógnito al joven Tobías, hijo de Tobit, acompañándolo en su viaje, organizando su matrimonio y sanando a Tobit, su padre piadoso, de su ceguera. El libro Testamento de Abraham (primer siglo de la e. c.) presenta tanto al ángel Miguel y a la muerte, una figura similar a un ángel, interviniendo para finalizar la vida de Abraham y

1. James L. Kugel, *The God of Old: Inside the Lost World of the Bible* (New York: Free Press, 2003), 34.

2. Escrito en el tercer o segundo siglo a. e. c.; es parte de la *Biblia Católica* pero no se encuentra en la Protestante.

escoltar su alma hacia el cielo. Los autores del Nuevo Testamento presentan a los ángeles llevando un mensaje, tanto en persona como en sueños, y rescatando a las personas de situaciones terribles. También anticiparon la participación de los ángeles en el regreso de Jesús y en otros eventos del final de los tiempos, prevén a coros de ángeles que rodean el trono de Dios, y asumen que después de morir, las personas justas se unirán a la asamblea angelical[3]. Muchas creencias sobre los ángeles que existen hoy pueden ser rastreadas hasta estos pocos siglos de desarrollo del estudio de los ángeles.

3. Ángeles como mensajeros: Mateo 1,18-25; Lucas 1,5-20; 26–38; como rescatadores: Hechos 5,17-20; 12,5-11; como parte del regreso de Jesús y de la parusía: Mateo 13,41-42; 16,27; Apocalipsis 7,1-3 (y un sinnúmero de pasajes en Apocalipsis); alrededor del trono de Dios: Mateo 18,10; Apocalipsis 5,11; compare Daniel 7,10. Los muertos participando en la asamblea angelical: Mateo 13,43; Hebreos 12,2; Apocalipsis 7.9-17.

Hubo también otros desarrollos importantes en cuanto a la creencia en los ángeles en los siglos inmediatamente cercanos y posteriores al tiempo de Jesús. En escritos recientes del Antiguo Testamento, como vimos anteriormente, «el ángel del Señor» era presentado de manera intercalada con Dios, representando la presencia de Dios en una forma que los seres humanos pudiesen asimilar. Sin embargo, al pasar de los siglos, eran vistos como seres distintivos de la imagen de Dios. Algunas personas del pueblo judío comenzaron a identificar al ángel del Señor con Miguel, Gabriel, u otros ángeles nombrados, y lo visualizaron como el líder de las huestes angelicales y el mediador principal entre Dios y los seres humanos.

Mientras tanto, otros escritores describieron ciertos atributos de Dios (como la palabra, la gloria, el espíritu, el poder y el nombre de Dios) utilizando un lenguaje que tomaron prestado de descripciones, sobre el ángel del Señor, que se encontraban en escritos cercanos a su época. Ciertamente, el profeta Ezequiel hizo algo parecido cuando describió su visión, de «la semejanza de la gloria del Señor», en maneras que pueden ser trazadas a escrituras previas que presentaban al ángel del Señor (Ezequiel 1,26-28). La comunidad cristiana antigua añadió un plano adicional al patrón de interpretación de la gloria de Dios, su palabra, y otras cosas más, como figuras semejantes a ángeles: ella identificó estos atributos con la pre-existencia y resurrección de Cristo. En su punto de vista, Jesús era la palabra, la gloria y la sabiduría de Dios; ciertamente, no era a otra persona que no fuera Jesús, a quien el profeta Ezequiel vio en el trono.

¿Por qué cree que los autores bíblicos comenzaron a dar nombres como Miguel y Gabriel a los ángeles?

Lincoln y los ángeles
Al final de su primer discurso inaugural, Abraham Lincoln enfatizó la importancia de prestarle atención a lo mejor y lo más angelical de nuestra naturaleza.

Los ángeles a través de los tiempos
En los primeros siglos de la era común, los escritores cristianos continuaban dando por sentado la existencia de los ángeles y elaborando acerca de los roles de los mismos en el drama de la salvación. Tales escritores estaban particularmente interesados en la relación entre Jesús y los ángeles. Algunos presentaban a los ángeles como amigos del novio que dirigían a la novia (la Iglesia) a Cristo. Esta metáfora servía para mantener a los ángeles subordinados a Cristo, que no es meramente un amigo sino el novio en sí mismo. (La preocupación por mostrar la superioridad de Cristo sobre los ángeles era ya evidente en la época del Nuevo Testamento; en Hebreos 1,4, leemos que Jesús «fue hecho tanto superior a los ángeles, así como el nombre que ha heredado es más excelente que el de ellos»).

Las ideas sobre los ángeles guardianes (es decir, ángeles individualmente asignados a cada creyente) también se han desarrollado en los primeros siglos de la vida de la iglesia. Algunas personas imaginaban, no que un ángel estaba asignado a ellas, sino dos: un ángel malvado y uno bueno. El primero les tentaba a desobedecer, mientras que el segundo les animaba a perseverar en el buen camino.

En el sexto siglo de la era común, un escritor que se presentaba a sí mismo como «Dionisio el Areopagita» (vea Hechos 17,34) describió una elaborada jerarquía u orden de rangos de los ángeles celestiales. En su presentación existen nueve grados de ángeles organizados en grupos de tres: los serafines, querubines, y tronos; los dominios, poderes y autoridades; los principales, los arcángeles y los ángeles. Por siglos, La jerarquía celestial del Pseudo Dionisio fue considerada como un escrito de primer siglo, y dio forma a las ideas medievales sobre los ángeles, incluyendo el trabajo del teólogo del siglo XIII Tomás de Aquino (conocido como el «Dr. Angélico»). Todavía hoy podemos observar referencias a la jerarquía angelical del Pseudo-Dionisio en algunos escritos recientes del catolicismo (al igual que en algunos de los de la Nueva Era).

Los líderes de la Reforma afirmaban la existencia de los ángeles. Sin embargo, cambiaron la conversación en maneras fundamentales. Martin Lutero creía en la existencia de los ángeles y el demonio, pero difería en cuanto a la autenticidad de la jerarquía celestial (postura que contribuyó a ser condenada por la Sorbona en 1521). Otro creyente, Juan Calvino, describía a los ángeles como «espíritus celestiales cuyo ministerio y servicio a Dios van dirigidos a llevar a cabo todos los decretos de Dios», y como seres que resplandecen rica y eternamente en «el resplandor de la gloria divina». Sin embargo, Calvino era sumamente escéptico acerca de las enseñanzas de su época sobre los ángeles guardianes y la jerarquía angelical. Calvino le advirtió a la comunidad cristiana que no especulara acerca de preguntas sobre los ángeles que no pudiesen ser contestadas por las Escrituras. Le preocupaba que los seres humanos se desviaran fácilmente hacia la creencia de que «los ángeles son los ministros y dispensadores de todas las cosas buenas para el ser humano», y que de tal manera se les adscribieran roles que son propiamente adscritos a Dios y a Cristo.

El efecto a largo plazo del escepticismo de los reformadores, sobre ciertos aspectos de la piedad angelical, fue aminorar la creencia popular protestante acerca de los ángeles. Los ángeles todavía eran vistos como seres que habían estado presentes en el nacimiento de Cristo, y se asumía que estarían activos otra vez en el momento del regreso de Cristo y en el juicio final. Sin embargo, no eran vistos como seres que alteraban continuamente el curso de los acontecimientos de la vida diaria de la persona creyente –por ejemplo, librándoles de un peligro u ofreciendo consejería moral. En los siglos posteriores a la Reforma, esa tendencia ha continuado en algunas de las denominaciones históricas. Dentro del discurso en estas iglesias, se enfatiza el rol de los ángeles como mensajeros. Sin embargo, la cultura popular latinoamericana y caribeña sigue asignando a los ángeles roles particulares de cuidado y de acción en la vida de los seres humanos. Es posible que la

influencia de la «cultura católica», que impregna todavía muchas áreas de la vida del pueblo latino, también influencie la visión que tienen las personas sobre estos seres.

La fascinación con los ángeles en los años 90 cruzó las líneas denominacionales e incluyó a personas que se identificaban a sí mismas como «espirituales», en vez de «religiosas» o cristianas. Para muchas personas –especialmente para aquellas criadas con una imagen de un Dios distante y que hace juicios a la ligera– los ángeles parecen ofrecer un acceso más sencillo y poco intimidante a la presencia y al poder divino. En los medios de comunicación, los ángeles son descritos como aquellos que afirman en vez de juzgar, consuelan en vez de desafiar, y dan sin pedir nada a cambio. Éstos animan a los seres humanos a aprovechar el día a día, y a apreciar la belleza que nos rodea. Ellos rescatan a las personas de los peligros que son parte de la realidad humana. Por mucho tiempo se ha dicho que los ángeles hacen muchas de estas cosas, y que poseen muchas de estas cualidades.

Sin embargo, el énfasis general y el efecto neto son diferentes hoy que en épocas pasadas de la iglesia, porque la sociedad occidental ya no es una en la cual la soberanía de Dios y la centralidad de Cristo son tomadas como un hecho. Por lo tanto, en muchas representaciones, los ángeles parecen poseer gran autonomía y autoridad. Ellos dirigen a las personas a una auto-realización, pero no las llevan necesariamente a Jesús. La representación de los ángeles en el día de hoy debe siempre leerse o analizarse con discernimiento. Tales representaciones pueden alegar que proveen contestaciones, pero también deben estimularnos a hacer preguntas – preguntas que, a su vez, nos ayuden a pensar más detenidamente en nuestro propio discipulado.

¿Cuál cree que es la opinión sobre los ángeles hoy? ¿Qué semejanzas o diferencias hay entre cómo son visto los ángeles hoy y cómo son presentados en la Biblia?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Resumen

Las tradiciones milenarias afirman que, a diferencia de Dios, los ángeles pueden ser vistos y escuchados. Por lo tanto, como ministros o representantes de Dios, los ángeles ofrecen una manera de visualizar la presencia terrenal de Dios y su interacción con las personas mortales. Los escritores bíblicos y un sinnúmero de personas afirman conocer a Dios gracias a los espíritus celestes que sirven a Dios como mensajeros, soldados, rescatadores y manifestaciones de los mejores aspectos de Dios. El prestar atención a las creencias sobre los ángeles nos ayuda a discernir lo que de otra manera sería invisible: es decir, las creencias que alteran la relación de los humanos con Dios y con el mundo. En el próximo encuentro, veremos cómo el brindarle atención al tema de los ángeles puede afectar la manera en que vivimos como discípulos y discípulas de Cristo y como «ángeles» –mensajeros y mensajeras de Dios y transmisores de la presencia de Dios mutuamente.

HOJA PARA EL GRUPO 2

Ángeles: mensajeros de Dios

LECTURA BÍBLICA

Isaías 53; Daniel 10,5-6; Éxodo 23,20-21; Josué 5,13-15; Éxodo 33,21-23; Ezequiel 1,26-28; Daniel 7,13; Juan 1,1; 2 Corintios 4,4; Colosenses 1,15; Hebreos 4,15; Hebreos 1; Filipenses 2; Juan 12,32; 17,5; Marcos 9,3; Marcos 8,31; 9,31; 10,33-34; 2 Corintios 4,6; Éxodo 34,39; 2 Corintios 3,18; 2 Corintios 5,17; Romanos 8,17; 2 Corintios 4,4; Romanos 4,17; Apocalipsis 7,9-12; Hebreos 13,2; Gálatas 4,14

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

No se olviden de la hospitalidad, porque por esta algunos hospedaron ángeles sin saberlo.

— Hebreos 13, 2

RECUERDE QUE...

el conocer lo que la Biblia nos enseña sobre los ángeles nos puede ayudar a fortalecer nuestro caminar con Dios.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

En la Biblia, los ángeles raramente son personajes principales. Sin embargo, es importante prestarle atención a cómo son presentados. En las historias sobre los ángeles, los autores bíblicos—al igual que los/as escritores, cineastas y otras personas hoy en día—hablan acerca de un Dios que no puede encararse directamente. Cuando estudiamos acerca de los ángeles, (sea esto en relatos antiguos o recientes), estamos considerando preguntas claves de la vida y la fe. Estas preguntas se refieren particularmente a la presencia de Dios en el mundo y a la manera en que Dios se relaciona con su pueblo como seres mortales.

En el primer encuentro, investigamos el desarrollo de las creencias sobre los ángeles en la Biblia y en los escritos posteriores. En este encuentro nos enfocaremos en cómo las creencias del antiguo pueblo judío y de la comunidad cristiana primitiva, acerca de los ángeles contribuyeron a las ideas emergentes sobre la identidad de Jesús. Como veremos, los primeros teólogos cristianos utilizaron tradiciones sobre los ángeles para dar sentido a cómo Jesús era uno con Dios y reflejaba su gloria divina. Además de esto, algunos insistían en que el encontrarnos con la gloria de Cristo nos transforma. Nuestra transformación será completada en la vida venidera, pero comienza mucho antes de morir, en nuestra vida como personas cristianas aquí y ahora.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

¿Un intermediario celestial?

En los días posteriores a la primera pascua, las personas seguidoras de Jesús se esforzaban por darle sentido a su vida, muerte y resurrección. Ellas escudriñaron las Escrituras (nuestro Antiguo Testamento) en búsqueda de tradiciones que pudieran arrojar luz sobre todo lo que había ocurrido. Algunos de los pasajes en los que encontraron iluminación nos pueden parecer obvios en el día de hoy: por ejemplo, Isaías 53 que nos habla de uno que «fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados» (v. 5). También utilizaron pasajes menos evidentes de las Escrituras, que describían a los ángeles o que fueron influenciados, en su interpretación, por las creencias judías que tenían sobre los mismos. Por ejemplo, en Apocalipsis 1 el Cristo resucitado es descrito como «vestido con una vestidura que le llegaba hasta los pies y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro» y con pies que «eran semejantes al bronce bruñido». Esta descripción hace eco de la imagen presentada sobre un ángel que se le apareció a Daniel (Daniel 10,5-6). Aquí el autor de Apocalipsis ha utilizado lenguaje asociado con un ángel para transmitir la gloria del Cristo Resucitado.

Ciertas ideas judías importantes, que habían sido adoptadas por la comunidad cristiana primitiva, tenían que ver con un jefe mediador angelical—uno que está sobre los demás ángeles, y casi indistinguible de Dios. La idea de este tipo de mediador se hizo muy popular en los siglos posteriores al nacimiento de Jesús. Varias tradiciones, tanto bíblicas como no-bíblicas, contribuyeron al surgimiento de esta idea, incluyendo:

- Pasajes de las escrituras sobre «el ángel del Señor» (ver por ejemplo, Éxodo 23,20-21 y Josué 5,13-15);
- Pasajes sobre «la gloria del Señor» (Vea por ejemplo, Éxodo 33,21-23, y Ezequiel 1,26-28);
- Reflexiones populares en cuanto al «mundo» divino y a la «sabiduría» divina (nociones que estaban vigentes en la filosofía griega y en el pensamiento judío); y
- La representación del «hijo del hombre» en Daniel 7,13 («alguien como un Hijo de Hombre»).

Filo, un filósofo y teólogo judeo-egipcio del primer siglo, identificó al mediador divino como el *logos* («palabra»). En algunos escritos, Filo representó al logos como uno con Dios; en otros lugares sus reseñas lo hacían ver más como un ángel. Los rabíes antiguos identificaban a un ser de mayor rango, semejante a un ángel, conocido como *Metatron* (posiblemente, este término proviene de las palabras griegas que significan «uno que está después o detrás del trono»). La Oración de José, un texto judío del primer siglo presenta a un ángel que representa a Jacob/Israel y que declara sobre sí mismo que él es el primogénito de todo ser viviente al que Dios le da vida (v. 3), arcángel del poder de Dios, jefe capitán entre los hijos de Dios, y primer ministro delante del rostro de Dios [1].

Por lo tanto, cuando la comunidad cristiana primitiva declaraba que Jesús era «la palabra» (Juan 1,1), la «gloria» (2 Corintios 4,4) y «el primogénito de toda creación» (Colosenses 1,15), estaba hablando en términos que eran familiares para algunas personas en su tiempo. Estaban declarando que el divino mediador no era nadie más que Jesucristo. Aun así, Cristo no es un ángel ordinario, como el autor de la epístola a los Hebreos discute largamente (vea Hebreos 1). Cristo está por encima de los ángeles, puesto que él es partícipe del ser mismo de Dios. Sin embargo, contrario a los ángeles, Cristo puede identificarse con las pruebas que los seres mortales enfrentamos, ya que él mismo las experimentó (Hebreos 4,15). Por tanto, Cristo puede mediar o ser intermediario entre los seres humanos y Dios de una forma en que los ángeles no pueden hacerlo. Los seres humanos no pueden ver directamente el rostro de Dios y permanecer vivos, pero sí pueden ver a Cristo, quien refleja perfectamente la gloria de Dios

¿? Mire Hebreos 1. ¿Por qué cree que el autor de Hebreos hace tanto énfasis en que Jesucristo es superior que los ángeles?

1. Jonathan Z. Smith, trans., in *Old Testament Pseudepigrapha*, ed. James H. Charlesworth, 2 vols. (Garden City, NY: Doubleday, 1983, 1985), 2:713.

Transformación de gloria en gloria

El apóstol Pablo enseñaba que la gloria de Cristo estaba relacionada con su sufrimiento. Esta conexión la podemos ver en el «Himno de Cristo»

en Filipenses 2. Antes de la encarnación Cristo era «en forma de Dios» (Filipenses 2,6). Sin embargo, no consideró su igualdad a Dios como algo a que aferrarse, sino que se vació a sí mismo, tomando la forma de esclavo, naciendo en forma semejante a la humanidad, humillándose, y haciéndose obediente hasta la muerte en la cruz. Por lo tanto, Pablo concluye que Dios le dio el más alto honor otorgándole «el nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor» (vv. 6–11). Es a través de su sufrimiento que Jesús fue exaltado sobre todo lo creado, para la gloria de Dios.

También los evangelistas, ven una conexión entre el sufrimiento de Cristo y su gloria. Juan, por ejemplo, ve el que Jesús sea «levantado» en la cruz como el medio por el cual es regresado a la gloria que él poseía desde el principio del mundo (Juan 12,32; 17,5). Aunque Marcos no dice nada sobre la gloria pre-existente de Jesús, y enfatiza su sufrimiento terrenal, él también conoce acerca de la gloria de Jesús. Esta es la razón de la transfiguración, el instante en que las cortinas que mantienen en secreto la identidad de Jesús son abiertas, como ocurre en la famosa escena de El Mago de Oz. Sin embargo, en Marcos el efecto es diferente al de la película; en vez de ver que Jesús es simplemente un ser humano, tres discípulos alcanzan a ver su verdadera apariencia celestial: «Sus vestiduras se hicieron resplandecientes, muy blancas, tanto que ningún lavandero en la tierra las puede dejar tan blancas» (Marcos 9,3). Sin embargo, Pedro, Santiago y Juan no comprendieron lo que estaban presenciando, debido a la insistencia repetida de Jesús en afirmar que él tendría que sufrir (vea Marcos 8,31; 9,31; 10,33-34). Por tanto, esto fue como una droga que los desorientaba, y que mantuvo a los discípulos atontados, para que no pudieran discernir o comprender la gloria que estaba delante de sus ojos.

Pablo nos enseña que cuando el pueblo cristiano tiene un encuentro con Jesús, es como contemplar la gloria de Dios. «Porque el Dios que dijo: "La luz resplandecerá de las tinieblas" es el que ha resplandecido en nuestro corazón para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» (2 Corintios 4,6). La gloria nos transforma, de igual forma que transformó a Moisés. Cada vez que Moisés subía al monte Sinaí, para hablar con Dios, su rostro resplandecía (Éxodo 34,39). Los escritos judíos de la antigüedad cuentan de otros individuos justos que fueron exaltados a los cielos y que fueron transformados por lo que contemplaron. El mayor entre estas personas justas fue Enoc. En 2 Enoc, se narra que Enoc fue levantado a los cielos donde se le ordena que se ponga una nueva túnica celestial. Cuando lo hace, él informa, «Me miré a mí mismo, y me había convertido en uno semejante a los seres gloriosos [ángeles] y no había ninguna diferencia visible» (2 Enoc 22,10)[2]. La gloria de Dios cambia a cualquiera que se acerca a ella. Pablo afirma en 2 Corintios 3,18, «Por tanto, todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor». Poco después él declara que el espíritu no sólo nos renueva, sino que está renovando al mundo: «Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; se convirtieron en algo nuevo» (5,17).

2. F. I. Andersen, trans., en *Old Testament Pseudepigrapha*, 1:139. 2 Enoc es difícil de datar, pero probablemente se originó en la comunidad judía a comienzos de la Era Común (ibíd., 1:94–97).

Sin embargo, no siempre podemos ver dicha transformación, porque para la comunidad cristiana, al igual que con Cristo, la gloria está relacionada con el sufrimiento. Somos sus hijos e hijas. Pablo nos enseña en la epístola a los Romanos, «Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» (Romanos 8,17). Pablo ejemplifica dicho sufrimiento con y para Cristo. Sin duda, su ministerio parecía débil y lastimoso para sus detractores—pero esto sucedía, Pablo insiste, «Pues el dios de esta edad presente ha cegado el entendimiento de los incrédulos para que no los ilumine el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios» (2 Corintios 4,4). Estas personas no pueden contemplar la gloria manifestada en la labor de Pablo, porque buscaban la gloria y el poder en el empaque terrenal usual y en los lugares habituales. No entendían que nuestro Dios da vida en la muerte. No comprendían que la fragilidad humana y la muerte no son un obstáculo para Dios, sino una oportunidad para ofrecer sustento y poder sanadores, por cuanto Dios «vivifica a los muertos y llama a las cosas que no existen como si existieran» (Romanos 4,17). Hoy, puede ser igualmente difícil ver la mano de Dios glorificándose en lugares donde las personas sufren por su fidelidad a Cristo. Cuando Pablo hablaba de la relación entre el sufrimiento y la gloria, él no estaba celebrando el sufrimiento como un fin en sí mismo, sino señalando al morir a nuestro ser, o a la recentralización del yo, como la llama el teólogo Miroslav Volf[3], que ocurre cuando, en el contexto de la comunidad cristiana, ponemos los intereses de Jesús antes que los nuestros. La presencia de Cristo transforma nuestra relación humana cuando, en el amor cristiano, extendemos nuestras manos y corazones mutuamente. Cuando nos extendemos hacia las demás personas en amor, la gloria deja de estar escondida. La brillantez en el rostro de Moisés fue cubierta, pero nuestros rostros transfigurados son revelados porque reflejamos la gloria a las demás personas y las demás personas la reflejan hacia nuestras vidas, como en un espejo. El espejo es nuestra vida como comunidad cristiana, en donde las personas son reconciliadas con Dios y mutuamente. Pablo escribió sobre esta gloriosa transformación a la iglesia de Corinto, en donde la feligresía estaba en conflicto entre sí misma y con él. A través de 2 Corintios, Pablo trata de persuadirles en cuanto a la necesidad y a la oportunidad que tenían de alcanzar una reconciliación. ¡La reconciliación con Dios, que está a nuestra disposición en Cristo, requiere que nos reconciliemos de manera mutua! Sin embargo, tal reconciliación sólo es posible cuando dejamos de aferrarnos a nuestros propios privilegios y prestigios, cuando dejamos de preocuparnos por nuestros propios reclamos, y comenzamos a reconocer que la gloria que Dios confiere no es la misma gloria que confiere el mundo. Esto es así porque la gloria de Dios es una de auto-entrega del amor manifestado en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Cuando nos abrimos a la transformación a imagen de Cristo, entonces comenzamos a reflejar esa misma gloria.

Lea Gálatas 2,20. ¿Qué nos dice este pasaje sobre dejar atrás el yo y transformar nuestras vidas de manera que se centren en Cristo?

3. Volf, Miroslav. *Exclusión y acogida: Una exploración teológica de la identidad, la alteridad y la reconciliación* (Spanish Edition) (p. 130). Editorial CLIE. Kindle Edition.

Cómo parecernos a un ángel

Cuando los autores bíblicos vislumbraban lo que se encontraba más allá de la muerte, algunos se imaginaban a la comunidad fiel siendo exaltada a la esfera celestial, donde se unirían a los ángeles alrededor del trono de Dios. El autor de Apocalipsis describe «una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, y nadie podía contar su número. Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando palmas en sus manos». Esta gran multitud, junto a los ángeles, entonaban alabanzas a Dios (Apocalipsis 7,9-12). Puede ser que esta vida junto a los ángeles la veamos muy remota– algo que sucederá al finalizar los tiempos, o quizás cuando muramos. Es difícil imaginar que somos parte de esta escena. Sin embargo, nuestra gloriosa transformación no es tan remota como la visión que Juan sugiere: la misma comienza aquí y ahora. Carlos Wesley plasmó esta idea en la cuarta estrofa del gran himno «Sólo excelso, amor divino»:

> Haznos nuevas criaturas, purifica nuestro ser;
> que la salvación divina, siempre en Ti, podamos ver;
> llévanos de gloria en gloria hasta la celestial mansión;
> donde ante Ti postrados te rindamos devoción.

¡La obra de Dios de una «nueva creación» debe ser finalizada en el cielo, pero ha comenzado ya en nuestras vidas! Aún ahora, cuando levantamos nuestras miradas a Cristo, Dios nos transforma «de gloria en gloria». Aún ahora, cuando nos entregamos por amor—de la manera en que Cristo se entregó a sí mismo por amor, sin considerar el costo—manifestamos la gloria divina de manera mutua. Los ángeles son quienes traen mensajes de parte de Dios para la humanidad. Los seres humanos, como los ángeles, también llevamos un mensaje, el de la «gran salvación» que se ha manifestado en Cristo. Sin embargo, no sólo llevamos el mensaje sino que lo encarnamos. La gloria de Cristo trabaja en y a través de nuestras vidas cuando nos acercamos a otras personas en amor. En la tradición popular, los ángeles vienen cuando la gente necesita ser rescatada. Sin embargo, también es posible que las personas nos reconozcan como ángeles, no cuando nos encontremos en peligro o sufriendo, pero sí cuando ellas lo están. El autor de la epístola a los Hebreos remarcó que debemos practicar el arte de la hospitalidad con las personas extranjeras, ya que hay quienes que al hacerlo, han hospedado, sin saberlo, a un ángel (Hebreos 13,2). El apóstol Pablo le recordó al pueblo gálata que, a pesar de su afligida condición, cuando él llegó a visitarlo por primera vez, le recibió «como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús» (Gálatas 4,14). Él estaba sufriendo y lo menos que parecía era un ángel. Sin embargo, la comunidad percibió que él tenía palabra de Dios para ella. Le recibió y fue recompensada con, nada más y nada menos, una visita de Jesucristo. La invitación es a estar siempre a la expectativa, buscando maneras en las que podamos recibir y servir, como ángeles de Dios, a otras personas y al mundo.

¿Cómo puede usted ser un ángel para las personas que le rodean?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

La comunidad cristiana primitiva adoptó ciertas tradiciones sobre los ángeles para darle sentido a la persona y obra de Jesucristo. Los ángeles, al igual que Cristo, son seres que manifiestan la gloria divina. Sin embargo, Cristo no es un ángel, ya que él es mayor y menor que ellos. Él es mayor que un ángel porque antes de la encarnación ya él era uno con Dios: el es la imagen perfecta, el *Logos* divino, el primogénito, el agente creador. Jesús es menor que los ángeles, porque él, a diferencia de ellos, se hizo humano. Él sufrió y murió. Por lo tanto, como mediador entre la humanidad y Dios, Cristo es sin igual: él tiene la habilidad de representar a Dios perfectamente y a su vez la habilidad de identificarse con la humanidad en su debilidad. El pueblo cristiano siempre estará en desacuerdo en cuanto a cómo entender la realidad y el lugar de los ángeles celestiales en nuestro mundo. Sin embargo, sí concuerda en que Dios espera que cada persona le sirva como su mensajera (el significado literal de «ángel») para compartir su mensaje con otras personas y con este mundo quebrantado. Recentralizar nuestras vidas en Cristo nos transforma para ser más como él. Emulamos el patrón de amor que se basa en la auto entrega que caracterizó su encarnación y su vida terrenal. Nos convertimos en ángeles para otras personas en el momento de su necesidad. Les damos la bienvenida a otras personas y al hacerlo, sin darnos cuenta, les damos la bienvenida a ángeles. Así comenzamos a reflejar la luz de las buenas nuevas de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios.